



I

FUÉ en un pueblecillo del Estado de Morelos. . . . ¿Su nombre? Permitidme que lo calle, como callaré también, ó mejor dicho, disfrazaré los verdaderos nombres de los protagonistas, porque no quiero que la mordedura de la curiosidad malsana se cebe en la honra de seres desaparecidos.

En aquel pueblecillo, perdido en las abruptas serranías del Sur, había aún no hace mucho tiempo, una tienduca, especie de endiablado «pandemonium», donde lo mismo se servía al cliente una *vara* de sospechoso *calicot*, que una copa de auténtica y sabrosa *caña*. La tal venta, bodegón, taberna, ó como los lectores juzguen mejor apellidarla, era regentada por su dueño, un español, ó para ser más preciso, un andaluz cincuentón, de genio alegre, y mofletes sonrosados á pesar de los muchos inviernos que habían podido resistir.

Don Mateo, cuyo era el nombre del regocijado súbdito de Alfonso XIII, había arribado hacía treinta y tantos años, á las en aquella época, bien agrestes playas de la heroica ciudad de Veracruz, con un puñado de ensueños por único capital, y con dos brazos, fuertes por lo sanos, como sola arma para combatir en la formidable lucha por la vida, en la terrible *struggle for life*, como la llaman, en su infernal jerigonza los hijos de la rubia Albión.

El entonces llamado Mateo, á secas, salió de su andaluz lugarejo, cuando sólo había visto florecer los naranjos quince veces consecutivas, y cuando su bozo, que después había de trocarse en enorme mostacho, digno de un indomable *tercio* español, apenas acusaba su incipiente existencia, por una sombra tan leve, que el tenerla, no habría causado rubor á una de esas reales hembras de cutis moreno y de cabellera tan lengua como oscura.

Dejó Mateo, quizá para siempre, su pequeña granja, arrastrado por esa fuerza, bellamente engañosa, que hace emigrar á tantos hijos de la Madre Patria hacia las fabulosas costas americanas, en busca de fortuna. Vino, como vienen centenares de emigrantes: con un puñado de calderilla en el bolsillo no agujereado; un pasaporte, más ó menos en regla, en el fondo del baúl; un boleto amparando viaje en *tercera de tercera*, y muchos, muchísimos sueños, en los recónditos rincones de su embrionario cerebro. El ideal del imberbe Mateo, igual enteramente al de casi todos sus soñadores compatriotas (latinos al fin), era, que al pisar las costas americanas, vería bien pronto cambiarse sus mugrosas *perras grandes y chicas*, por amarillas y relucientes onzas mexicanas, esas simpáticas, y, á decir verdad, bien sonantes monedas que, ¡ay! nosotros los hijos de esta tierra, hace muchas décadas que sólo vemos en las hermosas colecciones de los amantes de la numismática.